

# “Ya verás cómo quieren en Chile...”

Parecía una mañana como cualquiera en ese céntrico barrio de Santiago donde se encontraba el edificio más representativo del gobierno de Chile. Siempre me había preguntado por qué se llamaba “La Moneda”, quizá porque como cualquier signo monetario era apetecido por pobres y por ricos, y más por estos últimos, ya que los pobres estaban acostumbrados a no tenerlo y no les causaba ninguna adicción compulsiva.

Como siempre me aprestaba a seguir la rutina mañanera que terminaba en oficina de “Inter Press Service”, Agencia Internacional de noticias, donde escribía sobre los acontecimientos que eran noticia mundial: “un presidente socialista, luego de elecciones democráticas accedió al Poder con amplio apoyo popular”, cosa rara en esos tiempos donde la mayoría de los pueblos de Latinoamérica eran gobernados por regímenes militares y dictaduras de todo estilo. Yo me sentía a gusto, había aprendido que nada bueno traen los gobiernos donde está ausente la voluntad popular, tampoco esos valores como la libertad, igualdad y fraternidad. De hecho, era uno más de los miles de jóvenes que fueron obligados a abandonar la tierra paterna por “conspirar contra el orden establecido”.

Pero allá en Chile, había encontrado solidaridad, trabajo y amistad. Me sentía parte de esta nueva experiencia de la que, sin embargo, tenía mis reparos por el comportamiento de los trabajadores que en lugar de apoyar ese gobierno de características inéditas dilapidaba su tiempo en reuniones, manifestaciones o simplemente en los bares.

“Amigo -le dije una vez a un fornido hombre de casco que cantaba en un bar de la Avenida Alameda y calle 18- en lugar de tomar vino a esta hora de la mañana, su deber es contribuir con su trabajo a consolidar este gobierno”.

“Éste es “mi gobierno” -me dijo en tono molesto- por lo tanto puedo hacer lo que me venga en gana”.

“Para qué discutir -pensé- no era la persona ni el momento para encontrar respuestas a mi inquietud”.

Afuera, cánticos que resonaban en medio de un mar de banderas rojas. “El que no salta es moomio... el que no salta es moomio...” A eso se reducía la ideología de los seguidores del Presidente Allende. Mal augurio me dije, una revolución no se hace saltando ni bailando, sino trabajando. Así ningún gobierno puede aguantar y menos éste que requería del apoyo militante de sus trabajadores, obreros y estudiantes, ante el asecho de los dueños del transporte y de todos quienes vieron afectados sus privilegios de clase.

Pese a todo, eran solidarios con sus compañeros exiliados y siempre repetían las frases de una hermosa canción propia de ese país: “... ya verás cómo quieren en Chile al amigo cuando es forastero...”, y sinceramente yo lo sentía así.

Sí, ésa era una mañana como cualquiera, la primavera pintaba los árboles anunciando el nacimiento de nuevos frutos, de nuevas flores.

Pero ojalá hubiese sido de nuevas esperanzas.

Como de costumbre encendí el radio receptor para escuchar las novedades últimas. Para poder reflejar la realidad que vivía Chile; como es lógico,

debía estar informado acudiendo a todas las fuentes y el radio era profesionalmente preparada para ello.

Una por una las radioemisoras empezaron a perderse del aire.

Ese silencio hacía presagiar que algo no estaba bien; un intento de levantamiento militar en los días precedentes empezó a empañar la aparente tranquilidad del “gobierno socialista”. Los transportistas habían paralizado el país y el ya habitual desabastecimiento se hacía casi insoportable. No había pan, ni carne. El azúcar era reemplazada con productos químicos que en tiempos normales servía de recta médica para quienes sufrían de diabetes. Cigarrillos, una cajetilla por semana. Carnes, sólo de pescado, que alguna vez los barcos rusos que pescaban cerca de las costas de Chile proveían a los mercados de la capital sitios de abasto tan vacíos como los discursos de los grupos de ultra izquierda, que dada su radicalidad se podían fácilmente confundir con las brigadas hitlerianas de los 40. Siempre había teorizado que las ideas extremistas, por ser tales, unen a los extremos de derecha y de izquierda en algún momento o lugar.

Así como las radioemisoras empezaron, una a una, a perderse del aire, reaparecían con marchas militares intercaladas con escuetos y confusos comunicados al principio; más tarde, pedidos para que el Presidente Allende abandonara el Palacio de “La Moneda” en tiempo prudencial, para finalizar con amenazas perentorias para la dimisión del presidente de Chile, o las consecuencias: el bombardeo del símbolo del Poder, o sea del Palacio de Gobierno.

- ¡¡No!! ¡¡¡qué va!!! en Chile nunca sucedieron esas cosas” -me dijo un vecino que había salido a su puerta de calle para ver lo que sucedía. Siempre se decía que Chile es como Suiza, un ejemplo de democracia”.

“Uruguay también” -decía yo para mis adentros y vean lo que sucedió.

De pronto, todo comenzó a cambiar...

Le miré, pero su rostro no reflejaba la seguridad de sus palabras. Algo iba a suceder y, muy grave. me miro con cierta pena y me pareció que con sus ojos me repetía aquella frase tan popular y querida: “Ya verás cómo quieren en Chile, al amigo cuando es forastero...”

Un poco más tarde fuertes explosiones nos trajeron a la realidad. La amenaza se estaba cumpliendo. “La Moneda” estaba siendo bombardeada por una decena de aviones que con ruido ensordecedor revoloteaban sobre nuestras cabezas como para sacar de ellas nuestras ideas esperanzadoras. ¡Qué Suiza, ni que ocho cuartos!, empezábamos a vivir una de las pesadillas más horribles.

En esa época no imaginábamos todavía que las fuerzas del mal, por decir algo, se habían reunido en un tenebroso “Plan Cóndor” para hacer desaparecer de debajo de los cielos de América, a toda persona que reclame sus elementales derechos.

Al mediodía todo estaba consumado.

El cuerpo inerte del Presidente Allende era sacado de “La Moneda” envuelto en un “aguayo” tejido en Bolivia, como queriendo minimizar la imagen de ese mandatario que había sido acibillado. “Aguayo” al que los chilenos le llenaban “choapino” y con el que

cubrieron el cadáver de Allende, era una señal de la xenofobia que luego se desataría en Chile.

Los extranjeros eran los culpables de todo se diría luego, argumento manejado desde un principio para justificar la serie de asesinatos torturas y detenciones arbitrarias.

Mientras como recurrencia sonaba en mi mente “Ya verás cómo quieren en Chile, al amigo cuando es forastero”...

La frase de la canción empezaría entonces a sonar, más que como una canción de amistad, como una burla a ese sentimiento tan apreciado por el hombre.

En las calles todos debíamos tratar de hablar en “chileno”. Otra forma de hacerlo significaba tener encima miradas de temor, sino la denuncia a un “carabinero” por el sólo hecho de ser extranjero. Es que las radios, ya todas en poder de los cabecillas del golpe de Estado, difundían mensajes contra los extranjeros. “Los extranjeros son los primeros enemigos de Chile, ¡¡denúncielos!!!” se repetía junto a marchas militares, exacerbando los ánimos en contra de quienes no habíamos nacido en ese país y a favor del “glorioso Ejército de Chile” triunfador de confrontaciones bélicas, entre ellas la Guerra del Pacífico.

Sólo estaban permitidos los libros “autorizados” por la Junta de Gobierno que encabezaba el General Pinochet, autor del “Libro Blanco” en el que destacaba su tesis de que Bolivia jamás tuvo acceso al Océano Pacífico. Ése sí estaba “autorizado”, cómo no.

Las canciones con instrumentos andinos (Charango, Quena, etc) eran consideradas subversivas, por lo tanto prohibidas: así sea “Ojos Azules”, que de ser un Huayño Boliviano, se lo cambió en un “Trote” chileno... con la magia del plagio.

Luego el terror. No bien las sombras invadían Santiago, los pocos pero perseverantes focos de resistencia empezaban a ser perseguidos y los soldados invadían “las callampas”, o barrios marginales en busca de “extremistas”, matando y golpeando a la población sin discriminar sexo ni edad.

“Ya verás cómo quieren en Chile, al amigo cuando es forastero...” ¡paradojas!. La mayoría de los extranjeros llenaban refugios improvisados por el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados. Eran los Gethos de los años setenta.

Días más tarde sin querer me encontraba sentado en un avión de “Air France”, no sabía mi destino hasta que vi por la ventanilla del avión la torre “Eiffel”, París.

**Rodolfo Mier Luzio. Escritor orureño, reside en Sucre**